

nitivamente bajo el dominio ó la protección de Roma y se dispuso á volver á Italia.

*Ciceron y Catilina.*—En la ausencia de Pompeyo, César había aumentado su ascendiente en Roma. ¿Tenía ya entonces conciencia clara del objeto final de su ambición? Por lo ménos tenía conciencia de que el estado de cosas necesitaba un cambio radical, de que ni la democracia ni la oligarquía habían de poder triunfar de un modo definitivo y de que sobre la ruinas del sistema político agonizante, habría de levantarse un poder personal omnipotente; él aspiraba á ejercerlo; no puede por ménos de confesarlo quien atentamente estudie la complicada historia del período de transición en que hemos entrado de lleno. ¿Cómo pretendía llegar tan alto? Apenas podía considerársele como el rey de la moda, apenas había logrado la edilidad curul y los acontecimientos se precipitaban. Pompeyo se hacía de un inmenso renombre militar en Oriente y de César no se contaban más que hechos de valor aislados. ¿O pensaba llegar al solio por otro camino que el de la dictadura militar? El porvenir dirá. Entretanto César se arruinaba y arruinaba á sus acreedores regalando espléndidamente al pueblo y para desafiar al Senado restablecía los trofeos de Mario, señal material de la caída de la constitución de Sylla, que el pueblo saludaba henchido de entusiasmo; intentaba un proceso á Rabi-rius, acusado de haber dado muerte á Saturnino el tribuno aliado de Mario, con el objeto de vindicar la inviolabilidad del tribunado y se mostraba celoso protector de los transpadanos en particular y de los provincianos en general.

El año de 63 fué electo cónsul, Marco Tulio Ciceron, aliado de los caballeros, pero aceptado por la nobleza, que temía instintivamente á César, á quien ha-

bia creído complicado en una terrible conspiración á cuyo frente se había puesto Catilina, pero que había abortado. Según parece el terrible sicario de Sylla, ahora convertido en demagogo, aliado con los antiguos veteranos de Sylla, desposeídos ya de sus tierras por la usura, con lo más corrompido de la juventud romana y con la hez del populacho de la Italia, se proponía llegar al supremo lugar, como César, pero por medio de un espantoso trastorno social.

La verdad es que la lepra que corroía aquella sociedad tomaba proporciones inmensas. Para remediar el mal, el partido democrático legalista propuso por medio del tribuno Paullus una ley agraria, cuyos comisarios serían investidos de un poder absoluto para vender todas las tierras del dominio público y para sobrecargar los impuestos de las provincias y con lo que todo esto rindiera comprar tierras en Italia que se distribuirían á los pobres. Ciceron atacó la moción que fué rechazada; César había puesto así en evidencia al célebre tribuno; no era más que el defensor de los nobles.

Catilina entretanto seguía conspirando, pensaba que la República era un cuerpo sin cabeza y él quería ser esa cabeza. Con este fin preparaba una rebelión, á la que la brillante elocuencia de Ciceron dió las proporciones de un peligro mayor quizá de lo que era en realidad. A fuerza de invectivas logró Marco Tulio que Catilina despedido por haber visto derrotada dos veces su candidatura al consulado, se saliese de Roma y levantara en armas á sus partidarios en Etruria.—Otros de los conspiradores, acaudillados por Lentulus, Cethegus y Bestia, espían la oportunidad en Roma. A falta de pruebas, nada se podía hacer contra ellos; la traición de unos diputa-

dos alobros con quienes los conspiradores se habían puesto de acuerdo, proporcionó esas pruebas, y el Senado empujado por la ardiente palabra de Caton y á pesar de un admirable discurso de César se decidió á hacerlos morir sin forma de proceso. El mismo cónsul vigiló la ejecución en el Tullianum, por la noche; cuando hubo concluido, el pueblo lo proclamó el salvador de la patria.—El creía esto mucho más que el pueblo y lleno de vanidad decía que bajo su consulado Roma había sido fundada por segunda vez.

*César y Pompeyo.*—La oligarquía había triunfado con Ciceron y resuelta á no aceptar amos, infirió á Pompeyo un terrible ultraje en la persona de su agente Metellus Nepos, que quiso hacer llamar al vencedor de Oriente y á sus tropas para pacificar la Italia, y que fué tratado de tal modo por Caton y sus amigos que tuvo que refugiarse en el campo de su patron. César que necesitaba á Pompeyo como un instrumento para levantar á la facción democrática, ayudó hábilmente á Metelo, al mismo tiempo que aliándose con Clodio y Craso trataba de reconstituir la dirección del partido.

Muchos temían que Pompeyo vengase la afrenta apoderándose de la dictadura al llegar á Italia con sus legiones victoriosas; no fué así, Pompeyo licenció sus tropas y la oposición de Lúculo y de Caton en el Senado le proporcionó nuevas decepciones. Profundamente resentido se entregó de nuevo á la democracia; César que había ejercido un corto tiempo el gobierno en España, volvió con más ambición que nunca y con los cofres bien provistos; inmediatamente hizo alianza con Pompeyo, haciendo entrar en la coalición á su amigo Craso á pesar de su aversión por el vencedor de Oriente. Fué reconstituida así la gefatura democrática por esta suerte

de triunvirato que no era más que la transición al gobierno personal y á la monarquía. Lo sustancial del pacto de alianza era lo siguiente: ratificación de los actos de Pompeyo en Oriente y realización de las promesas de terrenos hechas á sus soldados; Craso vería lo que sacaba en su provecho de la alianza y César sería hecho cónsul el año siguiente y pro-cónsul los cinco años posteriores encargándose de las Galias.

Así fué; durante el año de su consulado. César hizo pasar una ley agraria que aumentó su popularidad (59), y mientras la oligarquía impotente recurría á expedientes absurdos, como el de que el otro cónsul, Bibulus, declarase feriados todos los días de su encargo, César desencadenaba sobre los aristócratas á Clodio, patricio audaz y emprendedor que se había pasado al campo popular y que había sido causa de que el mismo César repudiara á su muger. Este hombre, enemigo mortal de Ciceron, hizo desterrar á éste por haber sentenciado sin forma de juicio á los cómplices de Catilina y alejó á Caton con el pretexto de confiarle una misión honorífica en Cypre. Privada de estos apoyos la oligarquía, César pudo partir para las Galias.

Marcha desde este instante el pro-cónsul, como si tuviera plena confianza en su destino. En el papel reservado á los hombres de génio en la evolución de las sociedades, papel forzosamente circunscrito á apresurar ó retardar el desarrollo del organismo social, nunca á desviarlo del camino que antecedentes mucho más poderosos y leyes inevitables le han trazado, hay diversos grados de influencia; pocos la han ejercido tan vasta y tan profunda como el hombre llamado á consumir la transformación de la República en Imperio; se siente que los acontecimientos al pasar por sus manos se convierten en pulsaciones de la vida

del mundo, y todavía resentimos la trascendencia del pensamiento y de la voluntad de aquel hombre, cuya obra, en forma de civilización y de progreso, ha llegado á nosotros.

La importancia capital de la obra de Julio César en las Galias, no estriba solo en que aquel fué como un campo inmenso en donde preparó el admirable instrumento que habia de darle el poder, su ejército; sino, sobre todo, en que hizo de la Galia conquistada y romanizada, un dique que detuvo cuatro siglos el empuje de las invasiones germánicas, que sin eso, habrían ahogado con la civilización heleno-latina, el progreso humano. Los galos, es verdad, tenían ya en esa época cierta cultura que hubiera podido desarrollarse, por lo que algunos escritores (V. Duruy, *Histoire des Romains, II*; Mounier, *Vercingetorix et l'indépendance gauloise*), se lamentan de la conquista de César; nosotros no. Ni aquella civilización hubiera traído sino muy lentamente su contribución al adelanto general, ni aquellos pueblos, como ya lo habian demostrado, y como lo habian de demostrar en todo el curso de su historia posterior, podían oponerse con éxito á las invasiones germánicas; cuando más, habrían sido arrastrados á precipitarse sobre el mundo latino.

Ya hemos dicho de dónde venían los celtas y cuán estrecho era su parentesco étnico con los ilalios y los helenos. Su principal asiento en Europa, fué el país comprendido entre el Rin, los Alpes, el Mediterráneo, los Pirineos y el Atlántico (con poca diferencia la Francia actual). Tres razas principalmente se habian distribuido aquel suelo. Los aquitanios, en las regiones pirenaicas, desde el Garona al Sur; los gaëls ó galos, que ocupaban el territorio comprendido entre el Garona y el Sena, y los kymris ó belgas entre el Sena y el Rin. La

primera era de origen ibérico como los vascones; las otras dos eran celtas, y formaban el núcleo principal de esta gran familia que se habia desbordado por los valles del Po y del Danubio y que hemos encontrado en la Gran Bretaña, lo mismo que en España y en Asia menor. Un vago sentimiento de unidad nacional, iba penetrando en el espíritu de aquellos pueblos; pero solo fué un sentimiento consciente, cuando en los días de la conquista de César, se hizo carne en Vercingetorix. Los galos vivían en aldeas abiertas en su mayor parte, pero las habia también cerradas y admirablemente defendidas. El verdadero lazo de unión entre estos pueblos era la religión, el *druidismo*. No nos meteremos aquí á hacer su análisis; bástenos decir que algunos opinan que esta religión singular, que si por muchos de sus ritos feroces se asemeja á todas las religiones primitivas, se diferencia de ellas en la vivacidad y precisión del dogma de la supervivencia del alma, que era su base, tiene su origen en los pueblos ibéricos que han dejado sembrado de monumentos megalíticos (*dolmens*) el Norte del Africa, las costas de España y Francia y hasta las extremidades de la Irlanda. Contra esta antigüedad del druidismo, hay estas dos objeciones: que Julio César, en sus Comentarios, coloca su centro y su punto de partida en Inglaterra, y que no habiéndose encontrado en la Cisalpina vestigio alguno de los ritos druidicos, parece claro que los celtas, que conquistaron estas regiones, á mediados del siglo VI, segun unos, ó en el IV, segun otros, no los conocían. (1). Sea como fuere, el druidismo, por sus concilios anuales, en que estaban representadas las diversas tribus, habia ejercido una benéfica influencia en esa tendencia á la unidad que se notaba en

(1) Todas las altas concepciones metafísicas que se han atribuido á los druidas, son una invención alejandrina, que merece muy poco crédito.

tiempo de César. Aquel pueblo en que abundaban los excelentes agricultores y ganaderos, en que se trabajaban los metales con maestría, habia adquirido en toda su fuerza esas necesidades sedentarias, que, aunque no lo habian hecho llegar todavía al período en que las tribus se unen para erigir la ciudad, si lo habian llevado á construir sus plazas fuertes (*oppidum*), y á agruparse en cantones. Lo que se disputaba ya era cuál de aquellos pueblos ejercería la hegemonía sobre los otros. ¿Serían los *eduos*, en donde habia un fuerte partido romano, ó sus poderosos vecinos los arvernos?

Cuando Julio César, nombrado procónsul de las dos Galias, atravesó los Alpes, un movimiento de suma importancia se habia operado en los límites de la razas céltica y germánica. Un jefe germánico, Ariovisto, habia logrado fundar un verdadero imperio sobre el Rin, y en connivencia con él los helvecios, siguiendo el camino llevado por algunos de sus antepasados en la época de los cimbrios, querían trasladarse de la Suiza á las cercanías del Atlántico (en el país de Saintonge). Lo primero era grave, porque si se dejaba avanzar aquella vanguardia de la inmensa multitud de pueblos que se agitaban en el centro de la Europa, pronto serían ocupados los países célticos, y los romanos tendrían sobre Italia aquellas insaciables y fuertes multitudes; habria sido anticipar la invasión de los bárbaros de cuatro siglos; y lo segundo, era causar en la Galia una perturbación profunda, cuyo resultado seria el avance de la raza germánica. César proveyó á ambas cosas con la asombrosa actividad y acierto que desde entonces no le abandonaron; gracias á eso, la civilización humana pudo salvarse.

Empezó por cerrar á los helvecios el paso del Ródano, obligándolos á tomar

el camino del Saona. Luego los siguió hasta presentarles batalla en el momento oportuno, concluyendo con aquel enorme enjambre humano; 270,000 muertos ó dispersos: tal fué el resultado de la batalla. César se encontró entonces enfrente de Ariovisto y de sus *suevos*, nombre que lo mismo que el de *marcomanos*, fué aplicado por los romanos á todas las tribus germánicas nómades, (*suevos* quiere decir *errantes*). Después de algunas tentativas de negociaciones, que sirvieron para aglomerar recursos y acostumar á sus soldados al aspecto feroz de las hordas de Ariovisto, César los atacó, derrotándolos por completo en las orillas del Rin (58). Los suevos y su jefe, Ariovisto, volvieron á los impenetrables bosques de la Germania.

Las medidas que dictó César en seguida, mostraban claramente que estaba resuelto á tomar posesión de la Galia. Los belgas decidieron resistir y se levantaron en armas. César estaba en Italia, pero habia logrado atraer á su partido á los *remos*, (Reims) que jugaron en toda la conquista el papel de los *eduos* en el centro, y de los *marselleses* en el Sur; sin estos traidores á la causa común, la obra de César habria sido imposible quizá; gracias á los *remos* y á los *eduos* de Diviciac, pudo el procónsul disolver la liga de los belgas, infligiéndoles terribles pérdidas. En seguida, por virtud de sus rápidas combinaciones, César los batió en fracciones asegurando la conquista de casi todo el territorio (57). La empresa empezó á ser más seria cuando quiso penetrar en el país de los *nervos* (*Hainaut*), cuya defensa era fácil, por estar lleno de lodazales y pantanos. A orillas del Sambre se libró una gran batalla, que César creyó perdida por un momento, pero que terminó con una victoria completa. Todo el ejército de los *nervos* se

hizo matar. Luego sometió á los Atuatios, descendientes de los Cimbrios, mientras el joven Publio Craso, se enseñoreaba del país, entre el Sena y el Loira. En ese invierno, fué á arreglar los asuntos de sus otras dos provincias, la Cisalpina y la Iliria, y estaba en ésta cuando supo que la Armórica entera se había sublevado. Para atacar á estos bravos soldados y marinos, sobre todo á los venetos, César empleó una escuadra á las órdenes de su inteligente almirante Decimus Brutus. Los venetos usaban de buques con velas de cuero, y maniobraban habilísimamente con ellas. En cuanto los romanos, en una sangrienta batalla, lograron destruir la flota enemiga, el éxito de la campaña quedó asegurado.

César y sus lugartenientes domaron completamente la Armórica y la Aquitania, y las Galias parecieron definitivamente conquistadas. En el invierno, César tuvo que luchar con otra invasión de Germanos; sus hordas perecieron, gracias á un stratagemata bastante equívoco, que fué causa de que Catón pidiese en el Senado que César fuese entregado á los germanos. Pero el ilustre cuerpo siguió colmando de honores al vencedor. Este pasó el Rhin, demostración que tenía por objeto amedrentar á los germanos, luego cruzó el canal que separa Inglaterra de Francia, y obtuvo algunas victorias en la Bretaña insular; al año siguiente volvió á la Isla, y despues de muchos combates, el jefe de la defensa, Casivellanum, trató con los romanos, se obligó á pagar un tributo, y César se apresuró á volver al continente.

En cinco campañas todo parecía concluido; César no solo había demostrado su invencible superioridad en las armas, sino que valiéndose de medios políticos, como hacer triunfar las aristocracias en los cantones galos, para apo-

yarse en ellos y suscitar en todas partes un partido romano, resuelto hasta á la traición, dominaba las diversas fracciones de aquel pueblo, á cuyos representantes solía reunir en asambleas en que César desplegaba la maravillosa aptitud de seductor con que la naturaleza lo había dotado. Pero precisamente cuando creía las Galias á sus pies estalló una terrible conspiración.

Los eburones y los treviros se pusieron al frente de la revuelta que agitó entre el Loire y el Rhin á todos los países recién conquistados. Un ejército romano fué destruido y el campamento de Q. Ciceron, hermano del orador, estuvo á punto de ser tomado. César recuperó rápidamente el terreno perdido, redujo el país por una serie de victorias, que terminaron con la devastación más espantosa del país de los eburones. Uno de los caudillos de la insurrección, Ambiorix, pudo refugiarse en los bosques germanos. Desde ahí siguió atizando las impaciencias patrióticas de los cantones que en los conciliábulos que dirigian los druidas en las profundidades de los bosques, se daban rienda suelta. Otra conjuración en que, por fin, aunque bien tarde, parecía unirse la Galia entera, preparó una gran rebelión cuya alma fué el joven arverno Vercingetorix, hombre de temple heroico y de cualidades militares que lo hacían digno de luchar contra César. El primer acto de la insurrección fué la toma de *Genabum* (Orleans) y desde ahí cundió por todo el país. César comenzó por recuperar á Orleans, luego puso sitio á *Avaricum* (Bourges) que no pudo salvarse á pesar de los esfuerzos de Vercingetorix. A la campaña siguiente el procónsul fracasó en una tentativa contra Gergovia, la capital de los arvernos y poco tiempo despues la sublevación de los eduos, fieles amigos de los romanos hasta entonces lo puso en

gravísimo aprieto. Solo á fuerza de audacia y de génio salió bien del percance: reunido al mejor de sus lugartenientes, Labieno, que en su retirada hacía el Loire, rechazado por la insurrección de los pueblos del N. había vencido á Camulogeno, el mejor de los caudillos y destruido el brillante ejército de dicha insurrección en los alrededores de Paris (*Lutecia*) pudo emprender una campaña definitiva. Los galos confirmaron á Vercingetorix en el mando supremo y se prepararon á la lucha postrera. Gracias á una feliz combinación y á una batalla ganada, César pudo encerrar al jefe galo en *Alesia* (*Alise-Ste. Reine*) á algunas leguas al E. de Orleans. Un ejército galo formado de los contingentes de la mayor parte de los cantones, vino en auxilio de la plaza; mas los romanos tenían en ese ejército sus inteligencias sobre todo entre los eduos que no figuraron en el ataque de las líneas de César. Este fué desesperado, pero sin éxito; el ejército auxiliar fué destruido y Vercingetorix que había hecho esfuerzos heroicos para romper el sitio, se vió obligado á rendirse. César, airado contra aquel hombre que estuvo á punto de ser un obstáculo insuperable á sus designios, sin respeto por su heroísmo, lo hizo esperar seis años su triunfo en los calabozos de Roma y el día mismo que este se verificó lo hizo decapitar en el *tullianum*.

La guerra no había acabado de hecho; pero la esperanza sí. César tuvo que ahogar en sangre la rebelión de los bituriges y de los carnutos. Luego libró á sus aliados de Reims de un ataque de Ambiorix y de los belovacos y recorrió la Bélgica victorioso cuando supo que todos los pueblos al S. del Loire, estaban en armas; pero todos fueron vencidos, en el O. y en el S., á pesar de los rasgos heroicos de aquellos últimos defensores de la independencia gala.

El último acto de este terrible drama fué el sitio de *Uxellodunum* (Puy d'Issolu) César se deshonró por actos de barbarie al tomar la plaza; pero, por fin, la Galia estaba sometida (51). Inmediatamente empezó la obra de romanización. César empleó en ella tanta dulzura y tanta inteligencia, que de aquella tierra en que hervía aun la sangre de sus defensores, hizo el muro infranqueable que la civilización romana opuso cuatro siglos á la barbarie invasora. Respetó las glorias de los vencidos, les dejó sus leyes, sus ritos, sus costumbres, pero en todas partes estableció un partido adicto á Roma y á él personalmente, que no le abandonó nunca.

En seguida Cesar marchó á Italia. ¿Qué había pasado ahí durante cerca de diez años que el vencedor de las Galias había estado ausente?

No hay espectáculo más triste ni más curioso para el historiador que el de la agonía de la República romana. Roto para siempre el equilibrio entre las instituciones aristocráticas y democráticas que habían sido la fuerza de Roma, la monarquía ó la anarquía son los dos extremos entre los cuales se debate aquella sociedad desde los Gracos; el primer extremo era el mejor para Roma y para la civilización; pero faltaba el monarca: Pompeyo quiso serlo, pero no pudo: César pudo y quiso.

Reseñaremos brevemente los acontecimientos de esta década postrera de la República. Hemos dejado á la ciudad entregada á bandas armadas, sobre todo á la de Clodio. Este audáz, fiado en su popularidad de mala ralea, se atrevió á atacar á César y Pompeyo; inmediatamente el Senado decidió la vuelta de Ciceron. Algunos meses de lucha, durante los cuales el Senado suspendió sus trabajos ordinarios, costó la vuelta del gran orador; lograda por fin, y decretada la reedificación de su casa y de

sus villas, á expensas de la República, Ciceron se apresuró á mostrar su agradecimiento á Pompeyo haciéndole nombrar intendente de los viveras para lo cual el nuevo vencedor de los piratas, escogió quince lugartenientes, uno de los cuales era Ciceron. Por consejo de este, para oponerse á la banda de Clodio, armó Milon otra, y desde entonces todo era batallas en las calles y desórdenes donde quiera, sobre todo en el *forum*; de hecho empezaron á cesar los comicios. Mientras esto pasaba en la ciudad César llenaba á Roma y al mundo con el eco de sus proezas y con sus presentes magníficos; el botin de guerra no solo servía para colmar de espléndidos regalos á los funcionarios y hombres notables en Roma, sino para obsequiar con templos, con estatuas, con jardines á las ciudades del imperio, lo mismo en España que en Oriente, en Italia que en Grecia. Todo el mundo presentía aquella ambicion inmensa y unos la llamaban á realizarse con sus votos, otros la temian, los más se resignaban á ella de antemano. El problema se presentaba así: ¿distinguida la República, quién ha de ser el monarca, Pompeyo ó César? Hizo la fortuna que fuera el último; la posteridad ha confirmado plenamente el fallo de la suerte. Era de ver el espectáculo que presentaba *Lucca*, en donde César pasaba generalmente el invierno; aquello era una corte á donde acudían todos los grandes personajes del gobierno y de la oposicion. Ahí en el año de 56, se decidió renovar la alianza entre César, Pompeyo, lastimado por la sorda hostilidad del Senado y Crasso, que suspiraba por una gran campaña que lo pusiese al nivel de sus colegas y rivales. Se convino en que César sería prorogado en su gobierno por cinco años, con facultad de elevar á diez sus legiones y con promesa del consulado al acabar

su encargo y Pompeyo y Crasso se harían nombrar cónsules, asignándose la España el primero y la Syria el segundo, por cinco años cada uno.

No habia aun concluido el año de su consulado cuando Crasso partió para el Oriente. Estaba ahí Gabinio, sucesor de Scaurus, dejado por Pompeyo en Oriente y que vendia la paz y la guerra al mejor postor. Gabinio no le iba en zaga. Este se aprovechó de los disturbios que se multiplicaban en la familia que reinaba sobre los parthos, para emprender una expedicion contra ellos y habia pasado ya el Eufrates, cuando Ptolemeo Auletes compró su auxilio con 10,000 talentos para ser restablecido en el trono de Alejandria, contra la voluntad del Senado. Cuando quiso volver á su expedicion llegó Crasso. Este pasó desde luego el Eufrates, se hizo proclamar *imperator* por algunas ligeras victorias y en lugar de atacar á Seleucia y Babilonia, volvió á invernar á Siria, en donde mientras sus soldados perdian toda disciplina, él hacia pillar los templos, y entre ellos el de Jerusalem. Rehusando despues las ofertas del rey de Armenia y ansioso de llegar á Ktesifon la capital de los parthos, aceptó las ofertas de un *cheik* árabe que lo llevó por enmedio de un desierto en que todo faltaba á los soldados, á una emboscada, en que el ejército fué envuelto por una enorme masa de caballería, que hizo inútiles las armas de los legionarios.

El jóven Publio Crasso, que tanto se habia distinguido en las Galias, pereció ahí haciendo prodigios de valor. Por la noche el ejército romano se retiró á Karrha, descansó ahí algunas horas y salió luego; los parthos lo seguían de cerca. Su general (*Surena*) propuso á Crasso, que habia quedado sumido en un estupor profundo, una entrevista; el procónsul aceptó y él y su escolta fueron degollados. (53)

Cassius, el futuro asesino de César, reunió los restos del ejército, rechazó á los parthos y casi sin soldados salvó la Syria; su sucesor Bibulo, se dejó, sin embargo, sitiado en Antioquia y Ciceron, que ejercia entonces el modesto proconsulado de Kilikia, de un modo intachable por cierto, se vió tambien amenazado por los parthos (51).

Entretanto Pompeyo pronto, á partir para España, segun decia, acampaba á las puertas de Roma, con el alma ulcerada por los desdenes del Senado y por la gloria de César, cuya figura se iba agigantando en el horizonte, y avanzaba entre una aureola fulgurante de gloria y de génio. Para conservar su popularidad daba juegos magníficos al pueblo, mientras todos los puestos públicos se vendian y compraban públicamente en Roma, á pesar de las protestas de Caton, que regalaba al pueblo con rábanos y con higos, mientras los otros derramaban el oro á torrentes sobre su cabeza.

El año de 53, no pudieron celebrarse las elecciones de los cónsules y Pompeyo fué declarado *interrex*; el año de 52 tampoco hubo elecciones, durante varios dias las bandas de Milon y de Clodio se batieron en las calles, y Clodio fué degollado de orden de su adversario. El pueblo loco de furor, hizo de la Curia en que se reunia el Senado, la pira del demagogo muerto y el tumulto tocó á su colmo. La anarquía habia llegado ya; Caton lo comprendió así y deponiendo su republicanismo en aras del orden público, hizo nombrar á Pompeyo, cónsul único, con facultades omnímodas; así, pues, todas las clases, todos los partidos, declaraban tácita ó expresamente que la tranquilidad social estaba vinculada al gobierno de uno solo. Además, el acontecimiento era grave por otros motivos. Desde la muerte de Julia, hija de César y mujer de

Pompeyo, el lazo íntimo que unia á los dos triunviros, el uno triunfante y lleno de gloria, el otro cada vez más oscurecido y humillado, habia tendido á romperse; luego la muerte de Crasso acabó con todo elemento de equilibrio entre ellos y desde el momento que Pompeyo se convertia en el general del Senado, dominado por Caton y los enemigos de César, la ruptura estaba consumada. Las armas solo podian decidir cuál de los dos hombres ilustres obtendría el imperio.

En honor de Pompeyo la historia registra aquí un período de calma y de seguridad en el interior de Roma. Cuando salió del consulado lo dejó á Marcellus, enemigo personal de César (51). La aristocracia que veía en César el representante armado y victorioso de la democracia, se propuso desarmarlo primero y obligarlo á venir á Roma sin ejército y sin mando. Hizo en primer lugar que Pompeyo exigiese á César dos legiones que le habia prestado y que el procónsul devolviese y en seguida pretendió hacer un arreglo de las provincias, para privar de las suyas á César. Dos años faltaban aún á este para terminar su encargo, cuando la oligarquía impaciente por luchar le mandó que se presentara en Roma. Un amigo de César, elocuente y bravo aunque corrompido, el tribuno Curion, propuso que se privara tambien del mando á Pompeyo y esta proposicion popular aplazó el asunto. César entretanto, terminada su obra en las Galias, bajó á la Cisalpina en donde recibió una ovacion inmensa. Marcelo volvió á la carga, tratando de destituir al general demócrata, pero Curion siguiendo su táctica habitual, propuso extender á Pompeyo la medida y la mayoría del Senado por pudor lo siguió. Fasciados de esta lucha los más exaltados de los oligarcas, acaudillados por

Marcelo, exigieron á Pompeyo, para proveer á la defensa de la República, que se pusiese al frente de las legiones existentes en Italia.—El nuevo dictador, despues de vacilar ó de fingir que vacilaba mucho, ántes de romper definitivamente con César, aceptó el encargo. César, hizo todavía por conducto de Ciceron algunas proposiciones de avenimiento, pero fueron desechadas. Lo que se había querido á toda costa era la guerra civil; la aristocracia había conseguido su objeto y la suerte iba á decidir. César pasó el Rubicon, riachuelo que servia de límite á su provincia y que no podia salvar sin violar la ley, el 12 de Enero de 49 a. J. C. (1)

CÉSAR.—*La guerra civil.*—No era como se ha creído una pura jactancia de Pompeyo, la de hacer brotar legiones del suelo italiano con solo un acto de su voluntad, realmente podia disponer de fuerzas numerosas en Italia y de gran popularidad desde el momento que aparecia como el defensor de la República y no como el pretendiente á la monarquía. Su excesiva prudencia, sin embargo, le obligó, apénas conoció las ventajas obtenidas por César en el *Picenum*, á abandonar á Roma, de donde salió con este motivo una verdadera turba de senadores y personajes distinguidos, dispuestos á seguir á Pompeyo. Este en union de Labieno, el mejor de los lugartenientes de César, que había preferido, en cumplimiento de su deber, abandonar á su general antes que á la República, pensaba reunirse con las le-

(1) Ciertamente no faltan razones para demostrar, al contrario de Mommsen, que entre César y el Senado la legalidad estaba en el bando conservador, pero éste es un punto secundario para el historiador que tiene que considerar de un lado la degeneracion irremediable de la República y del otro á César, único hombre de génio capaz de convertir esta transformacion inevitable en provecho de la civilizacion humana.

(V. *Le différend entre César et le Sénat* por P. Guiraud.—Hachette.—1879). F. de Coulanges opina que la cuesti6n que ha pretendido resolver M. Guiraud, es dudosa y esta es la verdad.

giones acampadas en Luceria y con ellas marchar al Picenum, su patria. Pero la desercion cundia en las filas pompeyanas, y cuando supo que César, engrosando siempre la pequeña division con que había entrado en campaña, pues el resto de sus tropas estaba aún diseminado en las Galias, se había apoderado de Corfinium, Pompeyo considerando la Italia perdida se embarcó en Brundisium (Brindis) á pesar de la vigilancia de César que había ya puesto sitio á la plaza, y llegó con su ejército intacto á las costas de Grecia, sin que su enemigo totalmente falto de naves pudiera perseguirlo.

El empeño que manifestaba César en tener una conferencia con Pompeyo, para terminar la guerra civil, su religioso respeto á las propiedades, su clemencia con los vencidos, hizo caer ante el nuevo dueño de la Italia la resistencia de la gente pacífica, que esperaba una especie de Mario, que seguído de feroces multitudes bárbaras iba á establecer en Roma el reinado del terror demagógico. Más como era natural, su clemencia alentó la hostilidad de los aristócratas y de casi todos los que se ocupaban de política en Roma y por más que César se empeñó en que el Senado absolviera su usurpacion ó sirviese de intermediario entre él y Pompeyo, no lo logró. Haciendo á un lado, ent6nces, las fórmulas dejó en Roma á uno de sus secuaces, Lépido, se apoderó del tesoro público y salió para la campaña en España. «Voy, decia César, á combatir un ejército sin general; despues volveré á combatir con un general sin ejército.» Efectivamente, en España estaba al mando de Afranio y de Petreyo, el mejor ejército pompeyano, y César no podia marchar á Grecia y Asia en pos de su rival, dejando á sus espaldas las legiones de España; habria perdido la Italia sin remedio.

Dionisio Ahenobarbo, perdonado por César, sublevó contra él á Massalia; se contentó éste con dejar tropas frente á la ciudad y continuó su marcha, reuniéndose á sus legiones de las Galias, en las que abundaban los germanos y los arqueros iberos y ligures, y ocupando ántes que los pompeyanos, los pasos de los Pirineos; Afranio y Petreyo se situaron ent6nces en Ilerda (Lérida) en una fuerte posición á orillas del Sicoris (Segre); despues de tres meses de operaciones más ó menos felices, en que los pompeyanos estuvieron á punto de capturar el ejército de César, éste logró cortarles la retirada hácia el Ebro, envolverlos y hacerlos capitular (Agosto de 49.) A poco el resto del ejército, mandado por el célebre espoliador Varro, capituló también. España era de César.

A su vuelta de la península se presentó frente á los muros de Marsella, que gracias á las operaciones navales de Decimo Bruto, el almirante de César, se veía reducida á la última extremidad.—Una vez tomada, la trató con clemencia y para asegurar la alimentacion de Roma, pensó desde luego en posesionarse de las provincias del trigo, Cerdeña, Sicilia, el Africa. Curion, encargado de esta expedicion ocupó la Sicilia, pero despues de un brillante comienzo en Africa, fué enteramente destruido por el rey de Numidia, Juba, que era en cuerpo y alma de los pompeyanos. La pérdida de un hombre como Curion, debió ser más sensible al *imperator* que la temporal del Africa.

César investido ya, gracias á Lépido, con el carácter de dictador, á su paso por Roma tomó algunas medidas equitativas para mejorar la situacion de las víctimas de la usura, pero sin abolir las deudas como muchos lo esperaban, por lo cual gran número de demagogos se pasaron al campo de Pompeyo (v. Sa-

lustio) á donde también había llegado un nuevo grupo de aristócratas emigrados, que creyeron perdido á César en España; entre ellos se hallaba Ciceron.

Antes de partir para Grecia, César, concedió á sus fieles cisalpinos el derecho de ciudadanía, depuso la dictadura, se hizo nombrar c6nsul con Servilius Isauricus y cuando hubo organizado así aquel espectro de gobierno republicano, salió para Brindis. Pompeyo tenía su campamento en las costas del Epeiro, junto á Dyrrachium (Durazzo) y sus escuadras eran dueñas absolutas del Adriático. César con una decision que hace mas honor á su arrojo que á su prudencia militar, pasó (49) con quince mil hombres el Adriático, burlando la vigilancia de Bibulus el almirante pompeyano y se apoderó de algunas poblaciones de importancia, de Apolonia entre otras. Marco-Antonio pudo pasar algun tiempo despues con otras legiones y ent6nces emprendió César, la empresa imposible de circunvalar á Pompeyo, aislándolo de Dyrrachium. Despues de cuatro meses de trabajos inmensos, fracasó, fué batido, perdió sus mejores tropas y tuvo que marchar más al Este en busca de mejor campo de batalla. Los pompeyanos dieron por ganada la partida y toda aquella multitud de emigrados, lo mismo los que componian en Thesalónica el senado pompeyano que los jóvenes nobles que vivian bajo tiendas suntuosas en el campamento, estaban impacientes de concluir.—Pompeyo, que no había sabido perseguir á su enemigo movió su ejército abigarrado en donde se hablaban todas las lenguas del Oriente y marchó á Thesalia en busca de César. Este acampaba junto á la ciudad de Farsalia: ahí se dió la batalla. El ejército cesáreo era muy inferior al de Pompeyo; éste cifraba toda su esperanza en su

numerosa caballería, que cargó con Labieno; los veteranos de las Galias le opusieron una invencible resistencia hasta rechazarla (con este motivo cuenta Plutarco la falsa anécdota del consejo dado por César á sus soldados de herir á sus enemigos en el rostro: los elegantes romanos no iban en aquella caballería.) Cuando Pompeyo observó la derrota de su caballería, abandonó el campo de batalla, el campamento, se dirigió á la costa y se embarcó. La derrota de una parte del ejército se convirtió en desastre; todos huyeron ó cayeron en poder del vencedor.—(9 de Agosto de 48.)

César, sin pérdida de tiempo, se puso en persecución de Pompeyo; éste se había dirigido á Mitylene, en donde recogió á su mujer y á su hijo Sexto, y quiso acogerse á los parthos; pero sabiendo que Antioco en Siria se había puesto del lado de César, marchó á Egipto, en donde los hijos de Ptolomeo Auletes se disputaban el trono. En aquellos momentos, el rey menor, Ptolomeos, aconsejado por su tutor Pothinus, después de expulsar á su hermana y esposa Kleopatra, que se hallaba en Siria, había reunido un ejército y cuidaba en Pelusa el camino del Asia. Allí se presentó Pompeyo, que fué vilmente asesinado por orden de los directores del monarca. Cuando César entró en Alejandría le presentaron la cabeza de su rival, y apartó el rostro con profunda emoción.

Como en donde quiera que se hallaba gustaba César de arreglar á su sabor las cosas, se detuvo en Alejandría, hizo venir á Kleopatra, con la que se entregó durante algún tiempo á una vida de placer, (Cesarion fué hijo de César y la reina egipcia) y en medio de las más románticas peripecias, tuvo que sostener un sitio en toda forma en Alejandría, que pudo costarle muy caro y que por

cerca de medio año lo aisló del resto del mundo. Libertado por un ejército venido de Asia, dejó una guarnición en Egipto, marchó al Asia Menor, venció á Farnakes, el hijo de Mithridates, en Zie-la, premió á los que le habían sido fieles, redujo á la impotencia á sus enemigos, y regresó á Italia (47).

Ya era tiempo. Caelius y Milon, el matador de Clodio, intentaban promover una guerra social en Italia; afortunadamente para los propietarios, perecieron oscuramente, pero los peligros de este género no habían pasado, y por la cuestión de la abolición de deudas, Marco Antonio y Dollabella, el depravado yerno de Ciceron, se batían en las calles de Roma. César restableció la calma, y contra lo que deseaban muchos, no inició una nueva era de proscripciones. Habiéndose sublevado por este tiempo algunas de sus legiones en la Campania, el dictador sofocó la revuelta con una sola palabra: «Os licencio, *quirites*,» es decir, ciudadanos. Aquella fórmula de degradación para los soldados, en boca de su general, causó en ellos tal impresión, que se prosternaron á sus pies. La historia, dice Mommsen, no registra victoria moral más grande y completa.

En Africa se habían reunido los restos más importantes del partido de Pompeyo, enérgicamente auxiliados por Juba, el vencedor de Curion. Labieno, Afranio, Scipion, Varo, Petreio, Fausto Sylla, el hijo del dictador, los de Pompeyo, Cneo y Sexto, estaban ahí; pero el alma de aquella resistencia era Caton, que salvó á Utica de la codicia feroz del rey numida, y que desde allí organizaba la lucha. Habiendo Ciceron, personaje consular, rehusado el mando del ejército y vuelto á Italia, se encargó de él el inepto Scipion.

César llegó á Africa con una escolta, con su temeridad acostumbrada; ahí esperó á sus legiones que fueron lle-

gando poco á poco, en tanto que Leptis le abría sus puertas y le proporcionaba un buen fondeadero para los convóyes que esperaba de Sicilia y un aventurero romano, Sittius, antiguo soldado de Catilina, que desde aquella época se había convertido en jefe de bandoleros en Africa, sublevaba la Numidia, tomaba la capital y distraía una parte de las fuerzas de Juba. César se adelantó y tuvo su primer encuentro formal con el enemigo en Ruspina, lo venció, y poco después se libró una gran batalla en Thapsus, el 6 de Abril de 46. La victoria de César fué completa, y contra sus órdenes, la matanza fué espantosa. Los oficiales pompeyanos huyeron á España, como Labieno, Varo y Sexto Pompeyo; Scipion se suicidó antes de caer en poder del enemigo; Juba y Petreio se mataron también, y Sittius hizo degollar á Afranio y Fausto Sylla. Caton permanecía en Utica. Comprendiendo que la defensa de la plaza era imposible, se dedicó á proporcionar la fuga á cuantos pudo: luego, después de un sueño tranquilo y de haber leído algunas páginas de Platon, se clavó una espada en las entrañas; la vida no le abandonó, pudo la herida ser vendada, pero el inflexible estóico arrancó los lienzos y espiró con la profunda serenidad del que cree cumplir con un acto supremo de deber. Hizo bien: si nosotros vemos desde aquí á la república, condeñada á muerte desde mucho antes de Caton, y la transformación monárquica como una necesidad inevitable, si admiramos en César la encarnación de esa necesidad en un hombre sin rival por el genio y por el corazón en la historia de Roma, el estóico tenía el derecho de preferir la libertad á esa fatalidad histórica, y eso significaba para él la muerte. Es verdad que aquel hombre no comprendió su época y tuvo un absurdo fanatismo por el pasado (había otro modo acaso de

librarse de la corrupción política que todo lo invadía?)

Sea lo que fuere, aquel D. Quijote de la aristocracia conservadora, como muchos lo han llamado, se ha impuesto decididamente al respeto de la historia desde lo alto de su muerte. Ella hizo una profunda impresión en ciertas almas; el espectro del suicida empujó el puñal de Bruto, y la catástrofe de los *Idus* de Marzo parecía una venganza de ultratumba.

César sintió no haber tenido la ocasión de perdonarlo pero, luego lo quiso deshonrar con un libelo: el *Anti-Caton*. ¿Acaso aquel recuerdo era una furia, como decían los antiguos, adherida al alma del tirano?

El vencedor dejó á Salustio, el historiador, el gobierno de Africa y volvió á Italia, después de haber anexionado parte de la Numidia á la provincia africana, y de haber repartido lo que quedaba entre Boscus, rey de Mauritania y su aliado el aventurero Sittius.

*Gobierno de César.*—El Senado entre tanto lo había proclamado semi-dios, y le había conferido con la dictadura el derecho de conservar el *imperium*, es decir el mando absoluto sobre el ejército y sobre las provincias hasta dentro de Roma. Así es que ella y el mundo quedaban con esta fórmula, sacada de una antigua función republicana, á los pies de un señor; esa palabra había de ser después de César, la denominación de la nueva monarquía. Era de sobra, reunir en César otras funciones republicanas que le daban intervención en el culto, en la policía, en las costumbres y en el poder legislativo y judicial, como lo hizo el Senado; todo aquello no era más que la sanción oficial de un hecho que se imponía á todos. Viendo de cerca la cuestión de forma en el establecimiento de imperio, se nota que así como el con-